

## CXXIII

Este libro del *Eclesiástico* es pesado, si los hay, como habrás podido observar, lector amable, por las referencias que de él vengo haciéndote. Tonto ya deducirás que lo es, así por esas referencias, como por la superior razón de formar parte del otro, quiero decir, del libro por antonomasia ó excelencia. Insustancial ya te indicaría que lo era aquello que te advertí, de haberle suprimido los protestantes, que son tontos á medias solamente, en puntos de teología. Podría permitirme, pues, comentarle á saltos; pero esto no lo consiente mi pachorra descatolizadora, ni lo permiten algunas máximas, preceptos, sentencias ó lo que fueren, que se cazan en él de vez en cuando, para ilustración y solaz de librepensadores.

Pongo por caso. El capítulo décimotercero comienza muy orondo con esta descomunal sentencia: «El que tocare la pez se ensuciará con ella;» cosa que no he dudado desde mi infancia, en que conocí y traté al coadjutor de mi pueblo, presbítero aficionadísimo á la zapatería, y á quien nunca, por esta razón, y en confirmación de aquella palabra del Espíritu Santo, conseguí verle las manos limpias.

¡Como que andaba siempre con la pez á vueltas!

Sin embargo, me consta que no es sólo la pez lo que mancha; cosas hay, sin ser la pez, que pringan y empuercan no menos que ella; pongo por ejemplo: el rapé, cuando se mezcla con los mocos, ingredientes que tenían hecha una rodilla la sotana del cura que me bautizó; ¡Dios le haya tomado en cuenta una y otra cosa!

Otra sentencia.

«¿Qué parte sacará la olla que está junto al caldero?» Confieso honradamente que no he estudiado bastante el arte de cocina para responder

con acierto á esta morrocotuda pregunta de *El Eclesiástico*. Cedo, pues, la palabra al más discreto é ilustrado pulcro y zumbón de los cocineros españoles, mi amigo Mariano de Cavia, por si se digna contestarla en sus incomparables *Platos del día*. A su parecer me atenderé, puesto que el del Espíritu Santo no me satisface. Dice este señor: *porque cuando chocaren* (la olla y el caldero) *se quebrará* (la olla.)—¿Y si ella (la olla) fuere (digo yo), de hierro, se quebrará la olla ó el caldero?

Aparte estos infundios de la pez y de la olla, este capítulo décimotercero es de lo mejorcito de *El Eclesiástico*, puesto que en él se empeña su autor en demostrarnos que todo en el rico parece bien, y todo parece mal en el pobre; cosa que si todos no la supiésemos de propia observación, sería muy oportuno que nos la hubiese enseñado el Espíritu Santo. Con la abundancia de palabras, propia del estilo bíblico, repite veinte veces el mismo argumento; pero donde más elegantemente le expresa en estos dos versículos:

«Caza del león es el asno montés en el desierto:»  
«así los pobres son pastos de los ricos.»

«El rico cuando se bambolea es sostenido de sus amigos: mas el humilde cuando cayere será empujado aún de sus conocidos.»

Siendo tan antiguo el mal, no encuentro otro remedio que la supresión de golpe y porrazo de todos los pobres y los ricos, por la reducción de todos los hombres al buen pasar de una media condición. Acometamos el problema con brío y dejémonos de palabritas de condolencia para el pobre, que, aun siendo reveladas como ésta de la *Biblia*, han producido el mismo resultado curativo que produciría la homeopatía aplicada á la extirpación de los callos.

Comienza el capítulo catorceno dándole una mano de jabón á los hombres bien hablados, pasando en seguida á vituperar á los avariciosos y



ponerles de chupa de dómine, para sacar definitivamente esta teológica consecuencia.

«Hijo, si tienes de qué, hazte bien á tí mismo »y ofrece á Dios ofrendas dignas.»

*Si tienes de qué, ofrece á Dios ofrendas.*—Estoy dispuesto á ello; pero dígaseme dónde, cuándo y cómo puedo yo dar un par de pesetas á Dios sin que ellas vayan á parar al bolsillo de algún cura.—A Dios le ofrezco, y lo que es más, le doy cuanto se le antoje, rumbo que puedo permitirme sin daño puesto que todo es suyo: con lo que no transijo es con que lo que yo á Dios le dé lo coja un cura.—Es un principio esencial del librepensamiento, y no sería yo quien soy si faltase á mis principios.—Que yo le ofrezca una torta á Dios y se la coma el ama del cura, me parece una broma pesada para la divinidad y para mi sobrina, que no creo sea de peor condición para comer tortas que la sobrina del clérigo.

Leo en el capítulo XV:

«Dios crió al hombre desde el principio y le dejó en la mano de su consejo;» palabras que León XIII copia en su última Encíclica, para abogar por la libertad humana y transigir con los republicanos, á cambio de algunos años más de existencia del Pontificado.

Pero como antes el mismo *Eclesiástico* ha dicho (capítulo XI, versículos XIV y XV) que bienes y males, ignorancia y sabiduría, luz y tinieblas, todo viene de Dios; á mí, humilde librepensador, aunque de genio alegre, después de leer la Encíclica del infalible León XIII, que contradice las Encíclicas del infalible Pío IX, únicas infalibilidades que yo he conocido, sólo me toca volverme al infalible Espíritu Santo, exclamando:

Puesto que usted me dice que el hombre está en mano de su consejo, y también que todo consejo, bueno ó malo, viene de Dios, hágame usted

el obsequio de atarme la libertad del hombre por el rabo, pues se me imagina que la tal libertad es una burra, á quien los curas llevan del ronzal.

Insistiendo en que el hombre es libre, escribe el *Eclesiástico* una enormidad liberalesca; porque cuando los del orden Melquisedech se ponen á desbarrar, no hay quien les vaya á la mano, como le pasa á Salvá y Salvani, muy inquisidor carlista, destinado á las hogueras de Carlos Chapa.

«Ante el hombre la vida y la muerte, y el bien »y el mal: lo que le pluguiere á él le será dado.»

Barbaridad de calibre mayor que los más grandes cañones que hasta el día de hoy se han forjado. ¿Quién elegiría morir, si el morir, como aquí dice, fuese cosa que se eligiera? Y no vengan los mentecatos comentadores de estas necesidades diciendo, que esta vida y esta muerte entre que se puede elegir, son la condenación ó la salvación, el infierno ó el paraíso; pues si el Espíritu Santo hubiese querido decir esto y no lo otro, hubiéralo dicho en cualquiera de las infinitas lenguas de fuego que parece sabía hablar.

El capítulo décimosexto le paso por alto por huero desde los pies á la cabeza.

Otro tanto y por la misma razón podría hacer con los restantes, que son filosofías ó embolismos acerca de la creación del hombre, la elección que hizo Dios porque sí, ó porque le dió la gana, del pueblo de Israel entre todos los pueblos, para carne del Paraíso, y demás historias hebreas que tengo puestas en la picota de lo absurdo y lo ridículo.

Pero como nadie me mete prisa en esta divertida ocupación de ajustarle cuentas al Espíritu Santo como escritor (que en cuanto palomo yo no me meto con él para nada), bueno será llamarle la atención, lector mío muy querido, sobre los desbarres de más bulto,



Dios, dice, crió al hombre de la tierra:—así, en redondo, de la propia manera que un alfarero hace un botijo, pero sin ayuda del torno; porque aunque muchos carlistas integros y mesticeros, católicos en competencia, tienen la cabeza completamente redonda, no cabe suponer que Dios los tornearse todo el cuerpo, dado que se les advierte en él partes muy aplastadas ó puntiaguadas, verbi gracia, las orejas;—y lo hizo (al hombre) según su imagen.

Esto de ser el hombre la imagen viva del Dios que le crió, autoriza las siguientes inofensivas y librepensadoras preguntas, que desearía me contestasen por *si* y por *no*, como Cristo nos enseña, esos empingorotados y sabiondos doctores, que dice el P. Ripalda en su catecismo tiene siempre la Iglesia preparados para responder á nuestras dudas.

Siendo unos hombres blancos y otros negros ¿de qué color sería el Dios de que unos y otros son imagen?

Siendo unos hombres chatos y otros narigudos, el Dios de que son semejanza perfectísima ¿sería narigudo ó chato?

Teniendo unos hombres pelo y otros lana, el Dios que los crió á su imagen y semejanza, ¿usa cabellera ó va vestido de carnero?

No siendo el Dios creador más que uno y sus imágenes dos, macho y hembra, ¿no resulta de la semejanza que Dios ha de ser hermafrodita ó pasarse sin señora?

¿Quiénes entre los humanos son la verdadera Tía Javiera de la semejanza divina: los gigantes ó los enanos, los gibosos ó los de espaldas derechas, los presbíteros ó los laicos, los republicanos ó los realistas, los flacos ó los gordos, los calvos ó los peludos, los flemáticos ó los biliosos, los asesinos ó los caritativos, los avaros ó los pródigos, los moros ó los cristianos, Carulla que pone la *Biblia* en verso ó yo que la pongo en selva

Responded, sabios católicos  
A estas preguntas heréticas,  
Que en estos tiempos diabólicos  
Panacea son de cólicos  
De lecturas evangélicas.

## CXXIV

Después de decirnos Sirach, hijo de Jesús, que Dios crió al hombre de la tierra y á su imagen y semejanza, copiando á Moisés (en caso de que Moisés escribiese el *Génesis*, que ya sabemos que no le escribió, ni pudo escribirle) sigue copiando, como cualquier ladronzuelo literario de nuestros días, y dice, respecto al infundio aquel de la fabricación de la mujer, causa de tan graves daños como es el pecado original y las perradas que hicieron los judíos al pobre Nazareno:

«Crió de él mismo una ayuda semejante á él; »les dió consejo y lengua, y ojos y orejas, y »razón para pensar; y los llenó de doctrina del »entendimiento.»

Admiremos la cultura y discreción con que el Espíritu Santo, empleando la palabra *ayuda*, sinónima de *lavativa*, para designar á la mujer, nos enseña que el primero y superior destino de ésta, según el pensamiento bíblico, es el de geringar al hombre; y admiremos más todavía, que las mujeres, á quienes los librepensadores tratamos con tanta deferencia y cortesía, anden todavía en España *catoliqueando* por confesonarios y sacristías con los presbíteros, que de tan vil manera las consideran, y que sin duda adoptaron el celibato por aquello de *á mí nadie me geringa*.

Admiremos también la profundidad de esta palabra *y corazón para pensar*. ¿Pensar con el corazón?—No es extraño que pensando con tan liviana entraña, los señores católicos hayan dicho y escrito tantísimos disparates como llevo anotados en la *Biblia* y tengo leídos en las obras de



teología, empezando por la *Summa* de Santo Tomás, néctar y ambrosia del género, y acabando por *El liberalismo es pecado*, de Sarda y Salvany, paja y cebada que el integrismo sirve á discreción á su mulateria.

*Los llenó de doctrina del entendimiento...* ¡Les parece á ustedes que es doctrina el comerse los unos á los otros, como hacen los antropófagos? ¿o achicharrarse los otros á los unos, como hacían los católicos inquisitoriales y tratan de hacer nuestros integristas? Pues si esa doctrina les dió Dios á nuestros padres... por mi parte... *arrepentimiento*, que decía el otro, de la herencia.

*E Israel fué visiblemente la porción de Dios.* Lo dice un judío y basta. Los que no son judíos, puesto que no son porción de Dios, pueden hacer en teología de su capa un sayo. De mi parte, aplicándome el cuento por no tener nada que ver con el pueblo de Dios, trato á este Señor como á un ingrato, que no merece se gaste uno con él dos pesetas en decirle una misa, ¡Mira tú el bribonazo! ¡Haber preferido á los judíos! ¡No le estuvo mal que le crucificaran!

Leo en el capítulo XVIII, versículo V, describiendo la grandeza y el poder de Dios:

*No hay que quitar, ni que añadir, ni es posible hallar las maravillas de Dios,* que aunque malamente, quiere decir que las obras de Dios son en todo perfectas, acabadas, y sobre toda humana inteligencia, según escribe el padre Scio en la nota correspondiente.

Respecto de lo cual, comparezco y digo: que no estoy conforme, y que yo mismo, sin ser más que uno cualquiera del público zumbón, que tiene sentido común, hallo en las obras de Dios mucho imperfecto y sin acabar, mucho reformable.

En primer lugar, cuando ese caballero hizo la tierra, en vez de dejarla aún más ladeada que Cánovas del Castillo, quiero decir, con una inclinación de su eje respecto al eje del universo, la

debió poner derecha, con lo cual nos ahorraríamos un dineral en sastres, pues con un vestido tendríamos para todas las estaciones, porque estas miserias de las alternativas del clima no existiría.

En segundo lugar, al repartir las tierras y los mares, podía haber andado un poco más despierto, y no juntar el Africa con Asia, para que Fernando de Lesseps haya tenido que sudar la gota gorda en reformar este despropósito de la geografía divina; y podía también haber abierto un canal en Panamá, para ahorrar los millones que ahora está costándonos abrirle; y podía haber roto el istmo de Corinto, para que no se diera la vergüenza de que ya Nerón le reformase sus construcciones; y podía haber puesto América á lo ancho en el mapa en vez de ponerla á lo largo, y podía habernos metido un brazo de mar en Madrid para que no nos achicharráramos en verano y ahorrar los andancias y gastos de los baños.

En tercer lugar, y dentro ya de la máquina humana, podía haberse puesto las piernas al revés, quiero decir las canillas atrás y las pantorrillas delante, con lo cual al darnos un golpe, no nos dolería la espinilla y al mordernos un perro se quebraría los dientes en el hueso; podía habernos puesto unos párpados en los oídos para no oír tantas sandeces como dicen los católicos; podía habernos dado un ojo de reserva en el cogote para evitar asesinatos alevosos como el de García-Vao; podía, en fin, habernos fabricado con un poquito más de esmero; pues yo, ya tengo dicho, que sin ser más que un cualquiera, habría dispuesto la máquina humana con un poquito más de arte y un poquito menos expuesta á descomponerse.

¡Porque esa es otra! Todo se vuelven enfermedades y molestias. Desde los callos y juanetes, que no nos dejan andar á gusto, hasta la calva,



que nos exponen á continuos resfriados, para cada órgano hay lo menos dos docenas de enfermedades, sin contar las que como las viruelas, el sarampión, las tercianas, la alfombrilla, el baile de San Vito y mil otras, nos cogen el cuerpo entero desde los pies á la cabeza.

Casa con tantas goteras ¿dirá nadie que tenga nociones de arquitectura que se halla tan admirablemente fabricada y que no admite reformas ni mejoras?—Pues lo que nadie diría lo dice *El Eclesiástico*. Verdad es que es un libro inspirado por el Espíritu Santo y que no se sabe de éste que estudiara en parte alguna arquitectura, ni dibujo, ni ornamentación, ni perspectiva, ni nada, en fin, de lo que es esencial á un mediano artista. ¿Cómo, si lo hubiese estudiado, hubiera hecho una tan fea semejanza de Dios como D. Claudio Moyano?

En prueba de mi imparcialidad, verdaderamente heroica, pues tiene por base la lectura íntegra y repetida de todos y cada uno de los santos libracos de la *Biblia*, anotaré á continuación unos cuantos versículos de *El Eclesiástico*, que son excelentes consejos para los buenos muchachos que quieran vivir honradamente, y buenas reglas de conducta social, dignos unos y otras de cualquier librito de moral para uso de las escuelas de ambos sexos.

Allá van, constituyendo ramillete:

«Acuérdate de la pobreza en el tiempo de la abundancia, y de la necesidad de la pobreza en el día de las riquezas.»

Si Cánovas del Castillo se acordase cuando es ministro de las botas rumiadas y de las levitas raídas que gastaba cuando era pasante de escuela, de fijo que no tendría tantos humos para acoger á los pobres á fuerza de contribuciones.

«No te empobrezcas tomando á usura por competir, mientras que nada tienes en la bolsa, porque serás envidioso á tu vida.»

Aviso á esos candidatos cuneros que se gastan un sentido en su elección, hipotecando su influencia ministerial cuando sean diputados.

*No cuentes lo que sientas al amigo y al enemigo: y si tienes delito no lo descubras.*—Esto no es propio de un librito de moral, sino de un manual de filosofía rufianesca para uso de los alumnos de las cárceles y presidios.

¿Oíste cosa alguna contra tu prójimo? Muera en ti, confiando en que no te hará reventar. Es lo mismo que dicen los españoles: *al rey y la inquisición, chitón: al buen callar llaman Sancho: en boca cerrada no entran moseas*: de donde procede este santo celo que á todos los españoles nos mueve á ilustrar á la justicia en el descubrimiento de tantísimos crímenes como... quedan sin castigo. De largo le viene al galgo católico el ser rabilargo... y lengüicorto en los juzgados de instrucción.

Al lado de estas sentencias hallo esta palabra, como término de comparación: *la concupiscencia del eunuco desflorará la doncella*, que nos impone de los muchos chatos que en las delicadas materias de la doncellez debieron llevarse nuestros ilustres tatarabuelos, que se hacían guardar sus vírgenes por eunucos para mayor seguridad... de hallar la colmena catada, el queso empezado y gulusmeadas las natillas.

Traslado á los oficiales y sargentos de la clase militar, que recatan sus hijas de los requiebros de los jefes y las confían á los asistentes para que las entretengan contándoles cuentos... colorados.

## CXXV

Sentencia firme, sin mezcla de teología, que encuentro en *El Eclesiástico*:

*Hay quien por vergüenza promete al amigo, y se lo gana por enemigo de balde.*

Tiene razón. Cuando te pidan un favor y no



puedas hacerle, no sientas rubor de tu impotencia: declárala con franqueza y no entretegas con palabras al necesitado, porque te le ganarás de balde, y no sin razón, por enemigo.

Canallada gorda, pero verdadera, que leo en el mismo libro:

*Los regalos y las dádivas ciegan los ojos de los jueces, y, haciéndolos como mudos, apartan sus castigos.* Mala peste sobre los jueces prevaricadores, que por lo que se ve, datan de una respetable antigüedad, habiéndose en el transcurso de los siglos perfeccionado hasta el punto de que ahora, no sólo los vuelven como mudos, que dice el Espíritu Santo, los regalos y las dádivas, sino las traslaciones á lugar que agrada, los ascensos, una buena moza que se ponga de por medio, el compadrazgo, la influencia electoral y las recomendaciones.

*La sabiduría escondida y el tesoro ¡no visto, ¡qué provecho traen ambos!* pregunta con cierto enojo *El Eclesiástico*. No le contesto, porque él mismo se responde: *Me, or es el hombre que encubre su ignorancia, que el que esconde su sabiduría.*

¡Mejor es!

Fotografía bíblica de un doctor cualquiera en teología dogmática: *La ciencia del insensato consiste en palabras inexplicables.* Ejemplo vivo. En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... etc., etc.

Explicaciones oportunas:

*Quando el impío maldice al diablo, maldice él mismo á su alma.*

A este versículo le pone el padre Scio la siguiente nota:

«A sí mismo; porque él (el impío) es el diablo, por cuanto se le parece en la malicia: ó si maldice á los calumniadores, que esto quiero decir diablo, á sí mismo se maldice, porque es del número de ellos.»

«Lo oyes, católico ignorantón, que te imaginas que el diablo es algo infernal, con cuernos retorcidos y rabo ceniciento, según explica Orti Lara, lo oyes? *Diablo* quiere decir *calumniador*. ¡Y tú que te creías que el diablo era cosa de verdad, cuando no es más que una palabra mal traducida! No olvidéis esta leccioncita de filología que te da el Padre Scio, ni esta otra que te regalo yo: *ángel* quiere decir *enviado*, *mensajero*, *recadista* ó *corre-ve-dile*, si te parece mejor esta gráfica palabra castellana para designar al que trae y lleva chismes y gerigonzas entre una desposada que aún no ha conocido á su marido y un tercero en discordia, que desde la sombra pide á la doncella cita por un muchacho, que pudiera llamarse Gabriel.

Por puro amor al arte, que también yo tengo mis debilidades artísticas, copiaré esta hermosa comparación:

«Así como los palos en lugares altos, y las paredes hechas á poca costa no permanecerán contra el ímpetu del viento, así el corazón del necio, tímido en sus pensamientos, no podrá resistir el ímpetu del miedo.

Metido á copista, allá va esta otra hermosa palabra:

«El que punza el ojo, sacará lágrimas; el que punza el corazón, saca sentimiento.»

Y, honrado siempre, declararé sin ambages que el capítulo XXIV de este libro de *El Eclesiástico* forma el más hermoso de los himnos á la *Sabiduría*, digno de ser leído y meditado, siempre con la precaución de reirse del sentido obligadamente estrecho, un tanto teológico y eminentemente judaico que se da á la palabra *sabiduría*.

«En tres cosas se complace mi espíritu—dice el autor de *El Eclesiástico*,—que son la aprobación de Dios y de los hombres. La concordia entre los hermanos, el amor de los parientes y



»del marido y la mujer, que vienen entre sí con  
»fomes.

También el mío.

«Tres especies de personas aborrece mi alma,  
»y me son gravosas las almas de ellos: al pobre  
»soberbio, al rico mentiroso, al viejo fatuo é in-  
»sensato.

También la mía; porque está visto, en cuanto  
*El Eclesiástico* se deja de embolismos teológicos  
y de elecciones de pueblos por la divinidad, le  
sucede lo que al loco que se le pasa el arrebató,  
quiero decir, entra en la ancha y despejada sen-  
da del buen sentido, y viene á decir cosas muy  
racionales y muy cuerdas.

Véase en comprobación, cómo habla el buen  
señor de las mujeres malas.

«No hay peor cabeza que la cabeza de la cu-  
»lebra; y no hay ira sobre la ira de la mujer.  
»Mejor será morar con un león y con un dra-  
»gón que habitar con una mujer mala. La malig-  
»nidad de la mujer inmuta su cara y obscurece su  
»rostro como un oso; y la muestra tal como un  
»cilicio. En medio de sus vecinos gimió su ma-  
»rido, y oyéndolo suspiró un poco. Toda mali-  
»cia es muy pequeña en comparación de la ma-  
»licia de la mujer, la suerte de los pecadores  
»caiga sobre ella. Como subida arenosa para los  
»pies del viejo, así la mujer parlera para un  
»hombre quieto. Si la mujer tuviere autoridad,  
»será contraria á su marido. La mujer mala es  
»corazón abatido, y cara triste, y llaga del co-  
»razón: Manos flojas, rodillas descoyuntadas la  
»mujer no hace feliz á su marido. De la mujer  
»tuvo principio el pecado, y por ella merimos  
»todos. No des salida á tu agua ni un punto: ni  
»á la mujer mala licencia de salir. Si anduviere  
»siempre á tu mano te afrentará delante de tus  
»enemigos. Sepárala de tus carnes, porque no  
»abuse siempre de tí.»

Paréceme que las mujeres malas no pueden

estar quejasas del Espíritu Santo, cuando tan  
parecido dejó hecho su retrato en *El Eclesiásti-  
co* ni tampoco de mí que con tanta paciencia le  
he copiado, para ilustración de pretendientes á  
las blancas manos de tantas Teclas, católicas  
más ó menos aburridas, como hay por esos  
mundos de Dios.

No contento el Espíritu Santo con describir-  
nos el género, nos clasifica las especies de las  
malas mujeres, diciendo de:

**LAS CELOSAS.** «La lengua de la mujer celo-  
»sa es un azote, que se comunica á todos.»

**LAS BORRACHAS.** «La mujer que se embria-  
»ga es grande enojo, y su afrenta y torpeza no  
»estará oculta.»

**LAS LASCIVAS.** «La lascivia de la mujer se co-  
»nocerá en la altivez de sus ojos y en sus párpados.»

Las señas son mortales, sobre todo la de los  
párpados, pues como dijo el otro:

¿Amarilla y con ojeras?

Está queriendo de veras.

**LAS VENGADORAS.** «En la hija que no se re-  
»serva, pon firme guardia; porque ella no abuse  
»de sí, si halla ocasión. Repara sobre todo des-  
»acato de sus ojos, y no extrañes que no hiciere  
»caso de tí. Como caminante sediento abrirá la  
»boca á la fuente, y beberá de toda agua cerca-  
»cana, y en cualquier palo se sentará, y á cual-  
»quier saeta abrirá la aljaba hasta que más no  
»pueda.»

Algunas cosas, aunque pocas, añade en des-  
carga del sexo, reconociendo que hay mujeres  
buenas, pero con las copiadas basta y sobra en  
mi excomulgada opinión, para que toda mujer  
de seso, que el juicio del Sr. Espíritu Santo se  
haya enterado, huya como del fuego de confesio-  
narios y sacristías, donde los curas católicos que  
las sacan los cuartos y los secretos, saben ó de-  
ben saber de memoria todas estas lindezas que  
sobre de ellas dice la *Santa Biblia*.



## CXXVI

Conozco que me voy haciendo pesado y que es preciso abreviar los comentarios de *El Eclesiástico*, el menos teológico y por esto quizá el menos disparatado de los libros bíblicos; pues no es cosa de que sobre las máximas, consejos y observaciones de puro buen sentido humano, que en él se dan como inspiraciones del Espíritu Santo, vayamos á parar mientes. Es un libro este metido como de mogollón entre los canónicos, pues á ninguno de los altos destinos eclesiásticos corresponde. Ni en él se puede autorizar el purgatorio, venero de riquezas, ni siquiera el limbo, que ha de ser un insoportable lugar por el llorar de los infinitos chiquillos que le pueblan, ni el sagrado sacrificio de la misa, ni la infalibilidad papal, ni aun la confesión auricular, que permite al clero saber y aprovechar todos los chismes y enredos de la sociedad católica.

Pasaré, pues, por alto el cap. XXVII, que ensalza la mediocridad, la modestia, la fidelidad y vitupera con razón el armar tranquilas á los amigos.

Nada diré del XXVIII que reprueba la venganza, combate la ira y fustiga á los chismosos y maldicientes.

Tampoco anotaré el XXIX que ordena al cuerdo una prudente caridad para con el prójimo y una prudente economía para consigo mismo.

Quizá debiera hacer lo mismo con el XXX pero en beneficio de inocentes voy á permitirme algunas observaciones sobre la manera de criar á los hijos que en él establece el Espíritu Santo, que no consta fuese nunca padre, pues el padre es el otro, la persona formal y seria de la Santísima Trinidad.

«El que ama á su hijo, le frecuente el azote. »Halaga á tu hijo y te causará espanto: juega con él y te contristaré. Dóblale la cerviz en la

»juventud y golpéale los costados mientras es »niño.»

Entrego estas palabras á la consideración de los buenos padres y sobre todo de las buenas madres, y si, después de meditarlas, siguen siendo católicos... con su pan se lo coman. No le arriendan á sus hijos las posaderas, los carrillos y el cogote. ¡Pobrecitos!

En el cap. XXXI leo unas reglas acerca de la manera de comer en una buena mesa con gente decente, más propias de un tratadito de urbanidad y buena educación, que no de un trabajo que le han cargado en cuenta á la tercera persona de la Santísima Trinidad, que de existir, hubiera ya hace siglos demandado de desacato á la Iglesia Católica, que tan poquisimo cuidado tuvo de la respetabilidad divina al confeccionar los libros sagrados.

¡No es una vergüenza, en efecto, que, convirtiendo al Espíritu Santo en un maestro de escuela de primeras letras, le hagan decir lo siguiente?

«Usa como hombre moderado de aquello que »te se pone delante (en la mesa): nosea que por »comer mucho te tengan por enojoso. Cesa el primero por respeto de buena crianza; y no seas »nimio, no sea que caigas en falta.»

Falta, y grande, es que no le aconsejen también que se escarbe los dientes con un palillo y no con los dedos.

¡Es lo que me faltaba que anotar!

En el capítulo XXXII todavía insiste en dar reglas de urbanidad para la mesa.

En el XXXIII, dejando á un lado vulgaridades acerca del gobierno de las familias, quiero fijarme en cosa que sacaría los colores de la vergüenza á la cara á la religión, caso de que la religión tuviera vergüenza.

Son estas palabras:

«Pienso y palo y carga para el asno: pan, y



»castigo, y tarea para el siervo. Trabaja por el  
 »castigo y busca holgar: aflójale las manos y  
 »busca libertad: el yugo y las correas doblan el  
 »cuello duro, y las tareas continuas encorvan al  
 »siervo. Al siervo maligno tortura y cormas, en-  
 »viale á las tareas para que no esté mano sobre  
 »mano: porque muchos vicios enseñó la ociosi-  
 »dad. Hazle estar en tareas: porque así le convie-  
 »ne. Y si no hiciese tu mandado, aprémiale con  
 »cormas...»

¿Puede hacerse más cínica apología de la esclavitud que la que formulan estas palabras puestas en boca de la divinidad? ¿Creerá nadie las vanas declamaciones del pontificado en estos últimos días en favor, no de la esclavitud, que fué abolida por la revolución y los revolucionarios enemigos de la Iglesia, sino de su predicación secular en favor de los esclavos, después de leer estas crueles palabras del libro sagrado, de donde procede toda autoridad católica? A las palabras de León XIII, recabando para la Iglesia el honor y la gloria de la abolición de la esclavitud, oponed estas palabras de *El Eclesiástico*, que declaran institución divina la esclavitud, y cánon de la Iglesia el *pan y castigo y tarea para el siervo* y para el esclavo. No: mientras la Iglesia sostenga el carácter de revelados de estos libros judíos; mientras considere inmutable, como divina que resulta, la moral en ellos contenida, es una procacidad eclesiástica eso de que el cristianismo ha contribuido eficazmente á la abolición de la esclavitud. Cristianos á boca llena se llamaban los emperadores, obispos y magnates de la Edad Media, que apaleaban sin piedad á sus siervos: católico y muy católico se decía aquel Las Casas, obispo de Chiapa, que gallardeando piedad hacia los indios americanos, preconizó en las tierras del Nuevo Mundo la odiosa esclavitud de los negros: de cristianos y católicos farfanteaban, no ha muchos años, aquellos

insensatos que, á la sordina, se esforzaban por entorpecer la abolición de la trata negra que defendían los herejes y excomulgados racionalistas: leyes de iniquidad sobre los esclavos hemos visto promulgadas por poderes que en ser católicos hacían gala; por donde resulta, que si alguna mentira existe en el mundo burda y procaz, es esa de que la Iglesia haya empleado sus energías y su poder en abolir la esclavitud.

Después de esto: ella dirá lo que quiera por boca de sus pontífices; pero con no creerlos, hacemos honor juntamente á la historia y á la infalibilidad.

En el capítulo XXXIV habla *El Eclesiástico* de los sueños y sus adivinaciones, dividiendo las fantasías nocturnas provenientes de las malas digestiones, ó de las impresiones fuertes, ó de lo que sea, que no es cosa de que yo haya de aclarar estos problemas de la medicina, en sueños que envía Dios y sueños que envía el diablo. Y, como el bueno del hombre no da reglas para conocer y diferenciar uno de otros, aquí te quiero ver, escopeta, es decir, que es una gerigonza de doscientos mil demonios averiguar á qué carta quedarnos. Pongo por caso. Soñé yo cierta noche que un rey ahorcaba, con las tripas retorcidas del gran Lama, á un papa, que tenía colgadas de los pies, para que haciendo peso le ayudaran á bien morir, las cabezas de un emperador de Rusia y de un sultán de Constantinopla, y que el papa, en sus convulsiones de la cuerda, dió al espirar tal empujón al rey verdugo, que, cayendo éste desde lo alto de la horca, se rompió la cocotera en el empedrado de la plaza donde la espeluznante escena tenía lugar. ¿Debo yo considerar venido este sueño de Dios, ó del diablo? He hecho esta pregunta á varios doctores en teología de distintas religiones, y debo declarar que ninguno de ellos ha sabido responderme satisfactoriamente. Sólo un presbiterillo socarrón,



que hace ya de capellán en las ocasiones solemnes, creo que dió en el hito del sueño, diciéndome: *soñaba el ciego que veía, y soñaba lo que quería*; refrancillo que, unido al otro de *el que hambre tiene con pan sueña*, constituyen los dos inmovibles fundamentos de la ciencia subpretativa de los delirios nocturnos, diurnos y crepusculares, sin excluir los que provienen de la fermentación del vino en el saco estomacal.

Al final de este capítulo, como pegote al mismo, dice *El Eclesiástico* en su eterno estilo de las comparaciones:

«El que se lava por causa de un muerto y de nuevo le toca, ¿de qué le sirve el haberse lavado? Asimismo, el que ayuna por sus pecados y de nuevo torna á ellos, ¿que adelanta humillándose? La oración, ¿quién la dirá?»

Hocica ahí, católico que mensual ó anualmente te confiesas, descargando el saco para volverle á llenar con los mismos pecados y truhanerías; hocica firme y te convencerás de que ni á Dios, ni al cura, ni á nadie engañas ya, y que tanto te sirve la confesión como si se la contaras á mi abuela, que hace ya treinta y seis años que murió la buena señora.

### CXXXVII

Trata el capítulo XXXV de las ofrendas á Dios, de que ya tengo hablado cuanto es preciso hablar entre gente avisada, reducido á esta sencillísima pragmática del sentido común: «que lo que se ofrece á Dios, ni á tuertas ni á derechas, ni directa, ni indirectamente, ni de ninguna manera lo coma, beba, gaste, con suma ó aproveche un cura.»

*Amén*, que quiere decir *asi sea*, en todos cuantos pueblos, villas, aldeas y ciudades quieran vivir los hombres gordos y contentos, y las mujeres guapas y rollizas.

Para lo que me apoyo en el propio libro de que

me río, el cual escribe en un momento de lucidez librepensadora estas palabras: «Sacrificio saludable es apartarse de toda iniquidad. Y el apartarse de la injusticia es como ofrecer propiciación... y como hacer oración por los pecados.» Conque, ya lo sabéis, quienesquiera que leáis: apartaos de la iniquidad, apartaos de la injusticia, y vayan al cuerno los sacrificios y propiciaciones, que tan sólo á los curas y sus amas aprovechan.

Aunque la pronunció el Espíritu Santo, sea firme esta sentencia, y consuetele de las mil y una que le llevamos casadas y de las que le hemos de casar todavía. *Deo volente*.

El bueno de Jesús de Sirach, que en aquellos tiempos de la Nanita en que escribió *El Eclesiástico* pasaba la pena negra en Egipto, abre el capítulo XXXVI y casi le cierra con una lagrimosa oración á Jenová, para que saque de angustias á los judíos y los haga amos de los demás pueblos, á título de elegidos. Dios, por supuesto, hizo tanto caso de las oraciones de este Jesús, como del zumbir de un mosquito de trompetilla; é hizo bien. Si siendo el oprobio de las naciones nos sacan el redaño por medio del préstamo con interés; ¿qué no sucedería si fuesen los amos?

Y sigue escribiendo de mujeres, diciendo de las buenas: «el marido de ella no tiene comparación con los hijos de los hombres», y añadiendo que son fundamento de todo ahorro, base de todo descanso, fomento de toda propiedad, etc., etc.; por lo que, recordando lo que páginas atrás escribió de las malas, deberemos decir: entrada por salida; una de cal y otra de arena.

Capítulo XXXVII. Trata el manoseado tema de las amistades, sin originalidad de ninguna especie, viniendo á decir en muchas palabras lo que tan breve y cáusticamente dice el refrán ¡del enemigo el consejo! Después escribe en tono sen-



tencioso alguna vulgaridad de relumbrón. Pongó por caso.

*El que habla sofisterias, es digno de odio: en toda cosa quedará defraudado.* Profecía á cargo de Cánovas del Castillo, que verá caer aquello que á golpe de sofisma y estocada de sable alzó con tanto trabajo y miedos de última hora.

*Por el mucho comer murieron muchos; mas el que es sobrio, prolongará la vida.* Es lo que decía mi difunto padre: más mata la gula que el hambre. Conque á lo de la sobriedad os atened, españoles: aunque á fe que por ahora, y mientras dure la monarquía restaurada, á perpetuas hambres estáis condenados por canovistas y sagastinos alternantes en quitaros la tajada del plato.

Huélome que el *Eclesiástico* debió ser médico, por lo que enaltece el oficio en el capítulo XXVIII, diciendo llanamente que los honremos, porque tarde ó temprano vendremos á caer en sus garras. No me parece mal, pues honrar á los médicos equivale á *jalear* á los presbíteros, de quienes los médicos son enemigos naturales, porque no hay cosa que más se burle de las velas á la Virgen del Carmen que el sulfato de quinina, cuando de tercianas se trata; ni para conciliar el sueño hay *Rosario* que valga lo que una píldora de opio.

Después de mandar honrar á los médicos, manda llorar á los muertos, pero no con exceso, sin duda para evitar á los vivos rijas, oftalmías, nubes, cataratas, úlceras granulaciones y demás chinchorrerías con que la divina Providencia, en su infinita sabiduría, castiga á los malos, prueba á los buenos, avisa á los distraídos, advierte á los necios y jeringa á media humanidad.

Por último, escribe una porrillada de tonterías respecto á los artesanos, aunque reconociendo que *sin ellos no se edifica una ciudad*, y

pasa al capítulo XXXIX, que comienza diciendo:

*La sabiduría de todos los antiguos indagará el sabio*, que es precisamente lo que yo, sin serlo, vengo haciendo desde que se fundaron *Las Dominicales*, para convencer á todo el mundo en estas *Notas*, que la sobredicha sabiduría es una señora fea, sucia, desdentada, pelona, cursi, hiposa y cazcarrieta en cuanto á la teología se refiere; concluyendo el versículo de este modo: *y se empleará en los profetas*, que es lo que voy á hacer, tan pronto como acabe de comentar este pesado y sandio librote de el *Eclesiástico*, con la dulce esperanza de encontrar en ellos grandes y fundados motivos de risa y de chacota.

No dirá el *Eclesiástico* que no sigo al pie de la letra sus recomendaciones.

«Pasaré (el aprendiz de sabio) á tierra de naciones extrañas, para reconocer los bienes y los males, que hay entre los hombres.» Este consejo del Espíritu Santo también, en cuanto me ha sido posible, le he practicado; viendo en Francia que la República es infinitamente mejor que todas las monarquías imaginables; observando en Inglaterra que el ser antipapista es el principio de toda sabiduría y el fundamento de toda riqueza pública y privada; aprendiendo en Alemania que toda teología es un embolismo y en Italia que todo embolismo procede de la teología; notando en Rusia lo bien que se pasan sin Papa y lo mejor que se pasarían sin emperador; y, finalmente, viendo, observando y aprendiendo en Constantinopla que el Dios de los judíos, el Dios de los moros y el Dios de los cristianos son tres Dioses distintos y una sola monserga verdadera, con que se emborrachan de palabras los tontos, hasta el extremo estúpido de romperse á estacazos las costillas...

De este capítulo XXXIX, versículo XXXI.

«Lo principal que es necesario para la vida



»de los hombres es agua, fuego y hierro, sal, leche y pan de flor de harina y miel, y racimos de uvas y aceite y vestido.»

No niego yo que estas cosas sean las principalmente necesarias para la vida, sobre todo el hierro en forma de navajas de Albacete; pero, francamente, una vida sin vino, ni coñac, ni tabaco, ni solomillos de ternera, ni azúcar de pilón, ni garbanzos, ni merluza, ni café, ni periódicos carlistas para reírse uno de íntegros y mestizos al tiempo de acostarse, podrá ser buena para los hijos de Dios, así judíos como cristianos, pero para los librepensadores, hijos del diablo, ¡un cuerno!

Ramillete de majaderías.

«Espíritus hay que fueron criados para castigo, los cuales por su saña aumentan los suplicios.»

De esta taifa predestinada debió ser el que asesinó á doña Luciana Boreino: por lo que no debe causar asombro la serie de líos, casi providenciales, que dicho asesinato ha traído á la rastra. Después de todo, si fué para eso criado el asesino por Dios, ¿por qué han de procurar castigarle los hombres? El pobrecito fué para eso concebido *abinitio*.

«El fuego, el pedrisco, el hambre, y la muerte, todas estas cosas fueron criadas para venganza.» Pues reniego del Criador, digo, del Vengador.

«Todas las obras de Dios son buenas.» Dispense usted, amigo, una preguntita. ¿También el pedrisco, el fuego, el hambre y la muerte, que fueron criadas para cosa tan fea como es la *venganza*?

Enumera el capítulo XL la mil y una pijoterías y molestias que traen al hombre amohinado los días todos de su vida, y, respirando fuerte, exclama el Sr. Espíritu Santo: «para los malos fueron criadas todas estas cosas y por ellos vino el diluvio.»

Lo que yo veo es que las enfermedades así se ceban en los malos como en los buenos, y que el hambre aún suele atormentar más á los buenos que á los malos, cuyas maldades suelen proporcionarles riquezas y los consiguientes placeres y buenos ratos. Respecto al Diluvio... ¡más vale no menearlo! ¡Sin agua que habría que revolver!

«Todas las cosas que son de tierra, en tierra se convertirán», en lo que habría mucho que decir, si aquilatásemos qué significaba eso de «tierra; y todas las aguas á la mar volverán», punto de mucho intringulis, desde que priva entre los geólogos la teoría de la desecación lenta pero segura de nuestra ilustre madre la señora Tierra; pero como jamás al encéfalo del Espíritu Santo ni de sus inspiradas llegaron nociones de tamaña delicadeza, no sería generoso cargarle en cuenta estas afirmaciones en bruto.

«Toda dádiva y toda maldad destruida será, mas la fe subsistirá por los siglos.»

¿Que la fe subsistirá per los siglos? A ver, señores, ¿quién de ustedes cree, cómo creían los griegos, que Júpiter, tras un preñado de cabeza, parió á Minerva talludita? ¿Quién, que el graznar de los gansos del Capitolio indicaba prosperidad ó desgracia, como creían los romanos? ¿Quién, que á Mahoma le lavó Gabriel el corazón en una taza de agua de Semsen? ¿Quién que...?—Pero, á qué más preguntas peligrosas?—¿Qué nocedalino cree hoy día en la virtud monárquica de Carlos Chapa, á quien no hace un año besaban, salva sea la parte, cuando les daba á besar el arcornoqueño, rey, prestamista de toisonest?

## CXXVIII

Ni tanto, ni tan calvo, que se le vean los sesos, dice un refrán; no tanto amén, que se acaba la misa, enseña otro: no tanto *Eclesiástico*, digo yo, que me voy aburriendo, y esperan impacien-